

Octavi Pujades No viene a cuento

No hay excusa para vivir
sin humor



Octavi Pujades

No viene
a cuento

No hay excusa para vivir
sin humor

No viene a cuento
Octavi Pujades

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Octavi Pujades, 2022
© revisión y versión final del texto: Nana Literaria
© de las ilustraciones de cubierta: Ed Carosia
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2975-3
Depósito Legal: B. 9.519-2022

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Introducción	7
Capítulo 1. El hombre en el castillo	11
Capítulo 2. En compañía de lobos	15
Capítulo 3. De ratones y hombres	23
Capítulo 4. Atrapado en el tiempo	43
Capítulo 5. Granujas a todo ritmo	53
Capítulo 6. Y entonces llegó ella	69
Capítulo 7. Segunda estrella a la derecha	87
Capítulo 8. Todos eran mis hijos	97
Capítulo 9. Glamourama	109
Capítulo 10. Qué bello es vivir	135
Capítulo 11. A través del espejo	167
Capítulo 12. Todos están bien	193

CAPÍTULO 1

EL HOMBRE EN EL CASTILLO

A través del pequeño ventanuco, un rayo de sol iluminaba la encorvada figura que se afanaba con frenesí en su ardua tarea. A cada movimiento, destellos cada vez más brillantes surgían del objeto que portaba en su regazo y que frotaba rítmicamente.

El caballero terminó de bruñir su coraza; gastada por el paso del tiempo y con algunas abolladuras de anteriores lances, pero, por fin, brillante y lustrosa.

Satisfecho, observó su rostro reflejado en ella. «Ahora sí —pensó—. Me he gastado mis últimos maravedíes en pulimento y estropajos, pero... ahora sí.»

Se colocó, una a una, las piezas de la armadura, tarea harto complicada sin un par de manos extra echando un cable; pero no estaba la economía del castillo para alegrías. Por último, se ajustó el yelmo y, ya preparado, emprendió el descenso hacia la cuadra.

—Quizá debería haberme puesto el casco un poquito más tarde —se dijo, tras tropezar por enésima vez por la estrecha escalera de caracol.

«Nota mental: hay que ensanchar la visera, y tengo que comprar algunas velas para estos pasadizos, que no veo un pimiento.»

Cuando por fin consiguió llegar a las caballerizas, buscó con la mirada a su brioso corcel, Segismundo. Ah, ¡cuántas aventuras

habían vivido juntos! ¡Cuántas batallas a su lomo, cuántas doncellas habían transportado, gentiles y heroicos, en sus lomos!

Avanzó con alegría hacia el fondo de los establos del castillo, ahí donde su corcel siempre le esperaba, impaciente por nuevas aventuras llenas de gloria. Y, efectivamente, encontró a Segismundo en su cubículo..., o más bien, lo que quedaba de él: un aparatoso fémur colgado de una cuerda y rodeado de un enjambre de moscas que picoteaban ávidas los últimos restos de carne adheridos al hueso.

«Es verdad, qué tonto —pensó el caballero—. Nos lo comimos durante la hambruna de febrero. Gracias, Segismundo, por ese último y heroico acto de generosidad. Nunca olvidaré tus berridos de alegría al entregarnos tus prietas carnes.»

—Pues nada, no me queda otra —murmuró, brazos en jarras y dirigiéndose resignado al cubil contiguo.

Ensiló como pudo a Genovevo, un rocín que había vivido tiempos mejores... y peores. Digamos que había vivido muchos tiempos, y todo apuntaba a que no iba a vivir muchos más. El jamelgo ya no estaba para muchos trotes y se resistió lo suyo, soltando coces sorprendentemente rápidas para su decrepito estado y provocando, tras una breve pero intensa refriega, que el caballero lo montara, sí, pero con unos cuantos bollos más en la armadura, unos moratones bastante serios y un buen tirón en la espalda.

Al menos el decrepito corcel parecía más o menos satisfecho con la tunda que había recibido el caballero, y acabó claudicando. El recién estrenado jinete se frotó las doloridas lumbares.

«Mañana estaré para el arrastre, pero para entonces ya estará todo el pescado vendido. Hoy, la gloria me llama.»

Sacó de su bandolera de ajado cuero una arrugada cuartilla para echarle un último vistazo al motivo de todo aquello, a la fuerza que le había inspirado para partir raudo y veloz hacia su objetivo.

«SOS. Stop —se intuía en la borrosa tinta—. Dragón invadiendo reino. Stop. Se necesita caballero que le dé muerte. Stop.

Recompensa: tierras, palacete muy cuco en las afueras y la mano de la princesa Saturnina. Stop. Posdata: entrar por la puerta de atrás, que la principal la bloquea el bicho. Y paciencia, que el guardia es duro de oído. Stop.»

Emocionado con el potencial beneficio que prometía el mensaje, el caballero guardó en el zurrón el papelote. Con un hábil giro de hocico, y demostrando una agilidad impropia de su lamentable estado, el jamelgo la extrajo y la deglutió con ansia, pero al jinete ya no le importaba: había memorizado cada párrafo, cada letra, convencido de que entre ellas se hallaba su futuro.

—¡Arre, Genovevo! Hoy nuestra suerte cambia, y nuestro apellido volverá a escribirse en letras de oro. ¡Arre, y cabalguemos juntos hacia nuestro excelso destino!

Renqueando y no muy convencido a pesar del motivador discurso, Genovevo emprendió un suave trote en dirección a la puerta sur del castillo. No obstante, justo antes de cruzar el umbral, un atronador grito los congeló a ambos, impidiéndoles continuar. Un alarido que, por desgracia, al caballero no le resultaba ajeno y que presagiaba funestos acontecimientos. Un sonido más terrible que el grito de una *banshee*, más que el rugido de un basilisco, y de aún más funestas consecuencias. Una voz que, retumbante e imperiosa, era capaz de arrancar de raíz y hacer papilla los más elevados sueños y las más nobles empresas

—¡Hijooooo! ¡Ven, corre, que he tenido un accidente y hay que cambiarme el camisón! Y las sábanas, ya que estamos. ¡Y tráeme un vaso de aguamiel!

El caballero desmontó a Genovevo (que aprovechó para darse el piro hacia los jugosos prados que rodeaban el castillo), se quitó el yelmo y lo arrojó sobre unos sacos que se amontonaban en el patio y, cabizbajo, emprendió la marcha hacia el portón de entrada de la fortaleza.

—Adiós, tierras. Adiós, palacete; adiós, bella Saturnina. Otra vez será —masculló con resignación. Las escaleras se le hicieron más empinadas que nunca.

—¡Hijooooo! —retumbó de nuevo el bramido en la serena mañana—. ¡Y tráeme un trozo de faisán, que tengo hambre!

—Ya voy, papá. ¡YA VOY!